

El legado del Padre Hurtado y la acogida a quienes migran

El Padre Alberto Hurtado nos enseñó que la dignidad humana no distingue fronteras. Su vida fue un testimonio de entrega radical a quienes eran marginados, invisibles o despreciados. Hoy, cuando según el último censo 1,6 millones de personas migrantes y refugiadas viven en Chile en búsqueda de un futuro mejor, su ejemplo sigue guiando nuestro compromiso.

San Alberto Hurtado comprendió que la solidaridad no se reduce a un gesto puntual de ayuda, sino que implica reconocer al otro como hermano y asumir la responsabilidad colectiva de construir una sociedad más justa y más cohesionada. Su pregunta “¿Es Chile un país católico?” interpela nuestra indiferencia frente al drama que enfrentan tantas familias migrantes.

Para el Servicio Jesuita a Migrantes, su legado nos impulsa a acoger, proteger e integrar a quienes llegan con la esperanza de reconstruir su vida. Significa no mirar desde la sospecha, sino desde la confianza y el respeto por su dignidad, pero también desde el escuchar y comprender a la sociedad que les acoge, quienes también han experimentado un cambio en su vida cotidiana. De este modo, podemos construir una buena convivencia entre chilenos y migrantes, basada en el diálogo y el respeto mutuo.

Hoy más que nunca, hacer propio su llamado a vivir la solidaridad concreta es un desafío urgente. Seguir su ejemplo es comprometernos con un país donde nadie quede fuera, donde cada persona —sea cual sea su origen— encuentre un lugar al que pueda llamar hogar, especialmente miles de niños y niñas migrantes y refugiados que han hecho prácticamente toda su vida en Chile.

Waleska Ureta

Directora Nacional

Servicio Jesuita a Migrantes



Mes de la solidaridad 2025

Solidaridad,
SEMILLA DE ESPERANZA